

INTERCULTURALISMO

La diversidad de las culturas humanas está detrás de nosotros, al lado nuestro y delante de nosotros.

C. LÉVI-STRAUSS

La función primaria del sistema escolar, la que sirve de base a todas las demás funciones, es imponer la legitimidad de una cultura determinada, cosa que lleva implícito declarar al resto de las culturas ilegítimas, inferiores e indignas.

C. LERENA

LAS MINORÍAS ÉTNICAS Y SU IDENTIDAD

Constituye una minoría étnica todo aquel colectivo humano que, por lo general debido a sus rasgos culturales (incluso algunos sociólogos incluyen los rasgos físicos), recibe un trato diferente o desigual del que recibe el conjunto de personas de la sociedad en que vive, que pertenecen a la cultura mayoritaria, concebida como superior. Toda minoría es, por lo tanto, objeto de discriminación y marginación y está marcada por un sentimiento de inferioridad y vulnerabilidad. Estos grupos, que se organizan alrededor de una identidad diferente a las pautas sociales dominantes y que reivindican el reconocimiento de esta identidad, pueden ser religiosos, nacionales o étnicos.

Las minorías son, pues, una creación de la sociedad y de la historia; y las condiciones en que se reproducen como tales son el resultado de un juego dinámico de tensiones, conflictos y relaciones de poder económico, social y político. En muchos casos, además, las minorías étnicas acusan especialmente los efectos de la sociedad y la cultura de la pobreza. El alcance de la diversidad cultural y social hace recomendable que nos centremos solamente en aquellas minorías étnicas, extra comunitarias que se han instalado últimamente en los países desarrollados, y que dejemos de lado la situación de las diversas comunidades lingüísticas y nacionales dentro de un mismo Estado, las migraciones internas o el asentamiento de la comunidad gitana, que en el Estado español está formada por cerca de medio millón de personas. Esto no quiere decir, sin embargo, que muchas de las situaciones descritas no sean extrapolables -aunque hasta cierto punto y de manera desigual- a estos colectivos, sobre todo a la comunidad gitana.

La diversidad étnica y la inmigración, dos conceptos y dos realidades íntimamente asociados en la actual Europa comunitaria, han tomado nuevas dimensiones en los últimos decenios. En este sentido, hay que destacar la importancia de los movimientos negros norteamericanos de los años sesenta para conseguir los derechos civiles y ciertas demandas culturales y educativas, y las repercusiones posteriores que tuvieron, entre otras, en las reivindicaciones de los asiáticos en Inglaterra o de los indonesios en los Países Bajos. Por otro lado, el proceso tan acelerado de mundialización y uniformización económica y cultural, especialmente favorecido por los medios de comunicación, provoca, al mismo tiempo, actitudes de reacción, introspección y defensa de las identidades étnicas y culturales en el nuevo país receptor. Entendemos la cultura en un sentido amplio: formas de vida, costumbres, comportamientos y habilidades, representaciones psico-sociales, actitudes y conocimientos transmitidos por y dentro del mismo grupo.

La inmigración hacia el Norte crece porque aumentan las diferencias entre el Norte y el Sur: Asia, África y América Latina. Aquí se concentran más de las dos terceras partes de la humanidad, faltos de los recursos básicos para subsistir ya que sólo disponen del 15 % de la riqueza mundial. Por eso millones de adultos y de niños dejan su patria para tratar de mejorar sus condiciones de vida. O huyen, también, de la represión política o de zonas en conflicto bélico. La Europa comunitaria presenta un nuevo paisaje multicultural que cuestiona la ideología homogeneizadora del Estado-nación y lo obliga a reconstruir las políticas de interrelación entre las mayorías residentes y las minorías inmigrantes. Pero al tiempo que se ensancha el espacio de la inmigración y de la diversidad cultural, también lo hace el racismo y la xenofobia. La recesión económica y la competencia en el mercado laboral, el declive del movimiento obrero como agente aglutinador de las reivindicaciones y

la vida social, la crisis de las ideologías -religiosas o laicas- que daban sentido a la vida y un mundo lleno de incertidumbres ante el futuro, son algunos de los factores que contribuyen al fortalecimiento de las actitudes de xenofobia y racismo.

Las minorías inmigrantes tienen que iniciar en la sociedad de acogida una resocialización o segundo proceso de socialización para integrarse en los nuevos modelos culturales y pautas de comportamiento, sin renunciar a su identidad. De cómo se producen estos procesos dentro y fuera de la escuela nos ocuparemos más adelante. Antes comentaremos brevemente las perspectivas de estudio de la especificidad cultural, como también la magnitud del fenómeno migratorio en la Comunidad Europea.

La aportación interdisciplinaria y antropológica

En los últimos años, la investigación científica ha contribuido notablemente al reconocimiento positivo de la diferencia y de la diversidad cultural. Las aportaciones de diversas disciplinas: la sociolingüística, la psicología social, la sociología de la educación, etc., y, sobre todo, la antropología, han valorado las especificidades culturales de las minorías, el arte de vivir con el otro y el enriquecimiento de la comunicación intercultural para todos, y al mismo tiempo han puesto en evidencia ciertos tópicos y estereotipos históricos y culturales legitimados como universalmente válidos para todo el mundo, a causa de una percepción etnocéntrica-eurocéntrica, es decir, de superioridad cultural.

Durante mucho tiempo, el modelo sociológico más en boga ha sido el funcionalista, que muestra una visión evolutiva y unilateral de la historia y del progreso y promueve la homogeneidad cultural dentro de una sociedad en la que todo está ordenadamente consensuado, sin oposiciones ni conflictos de clase, género o etnia. La aparición más reciente del relativismo cultural marca un punto de inflexión en el binomio uniformidad-diversidad. Este modelo respeta la diversidad cultural; aunque establece elementos de jerarquización axiológica y de desigualdad definidos por la racionalidad occidental. Por otro lado, propugna el desarrollo por separado, ya que la interacción se ve como perfil de desintegración y disolución de cada una de las culturas en contacto. Esta visión estática e igualmente egocéntrica de la cultura está muy extendida y ha generado políticas segregacionistas y la creación de guetos en las ciudades occidentales. Finalmente, han aparecido nuevas perspectivas (Antropología crítica, Escuela Dinamista, teoría del Caos) que valoran el potencial de la diversidad, no por el aislamiento, sino por la comunicación y el diálogo enriquecedor entre las diversas culturas. Sólo a partir de esta visión dialéctica del pluralismo cultural es posible avanzar hacia la escuela y la sociedad intercultural.

LA INMIGRACIÓN EN EUROPA

*Siempre he encontrado falso el nombre que se nos da: emigrantes.
El nombre quiere decir expatriados, pero no nos hemos ido por gusto,
por escoger libremente otra tierra...
Al contrario, hemos huido. Somos expulsados. Somos proscritos.*

B. BRECHT

La reconstrucción europea y el descenso de natalidad después de la Segunda Guerra Mundial requiere mano de obra extranjera y barata. Así, la primera oleada migratoria de sur a norte, de los años cincuenta y sesenta, proviene de los países europeos más meridionales: España, Italia, Grecia y Portugal. La crisis económica internacional de los setenta provoca el regreso de los trabajadores a sus lugares de origen. A partir de entonces se inicia la segunda fase migratoria: el asentamiento definitivo de las minorías étnicas extracomunitarias, procedentes de antiguas colonias y de países en vías de desarrollo, y con unas diferencias culturales más acentuadas. La tercera oleada, la de los años noventa, proviene de los países del Este, como consecuencia del hundimiento del bloque socialista, y puede generar una nueva fuente de conflictos interétnicos con los antiguos emigrantes.

Es difícil ofrecer estadísticas fiables del número de inmigrantes extra comunitarios: algunas estimaciones del año 1996 hablan de algo más de once millones de ciudadanos no comunitarios legalizados y de entre un millón y millón y medio más que se han instalado de forma ilegal e precaria,

lo que, en total, supondría un 3,15% de la población europea. Aunque otras estimaciones elevan el porcentaje hasta un 4 % o más de inmigrantes. Los principales países receptores son Francia (7,7%), con una importante comunidad magrebí; y Alemania (7,2%), donde los turcos son la minoría más numerosa.

Actualmente, se ha incrementado la presión para limitar el número de trabajadores sin cualificar en los países industrializados, por temor a que la crecida de la corriente de inmigrantes del sur haga aumentar las tensiones sociales. Así, la Europa comunitaria ha ido restringiendo la entrada y la estancia de inmigrantes ilegales no comunitarios con leyes de extranjería y mecanismos burocráticos que dificulten cada vez más los permisos de trabajo y de residencia, como también el reagrupamiento de toda la familia. Pero las murallas de papel difícilmente podrán contener el flujo migratorio de los países del sur mientras éstos no reduzcan los altos índices de natalidad, de pobreza y de paro, a partir de un desarrollo económico interno. Además, no se puede olvidar que el sistema capitalista occidental necesita un nuevo subproletariado, dócil y mal retribuido, que haga los trabajos más duros y más sucios que los trabajadores autóctonos no quieren hacer.

España ha pasado de ser un foco de emigración a un espacio de inmigración creciente. Las cifras son muy variables... El mayor contingente procede del Magrev y de América Latina. La política inmigratoria española sigue en la misma tendencia de endurecimiento y restricción de la Unión Europea.

LAS BARRERAS DE LA SOCIALIZACIÓN INFANTIL Y ESCOLAR

Cada ser tiende a perseverar en su ser.

B. SPINOZA

Algunas diferencias entre la población inmigrada y la población autóctona ya vienen marcadas por la procedencia y la identidad de cada minoría (diferencias lingüísticas, culturales, religiosas, de hábitos y comportamientos, etc.), mientras que otras se generan dentro del país de acogida: dificultades para legalizar la situación como residente; proceso de socialización dentro de las zonas marginales y degradadas; frustración del sueño dorado al darse cuenta de que sus expectativas laborales y de bienestar no se cumplen; vivencia de la contradicción entre dos modelos culturales; pérdida de identidad cultural y proceso de culturalización, etc. Los hijos de los inmigrantes en edad escolar acusan especialmente estas contradicciones, según la clase de integración escolar que se les ofrece, según la cantidad y la calidad de las referencias de identificación con su país de origen; según el grado de incomunicación del medio en que viven, y según el nivel de aceptación o de rechazo de los modelos culturales de los lugares de origen y de acogida. Dentro de esta dinámica de interrelaciones aparecen diversos grados de choque cultural -entre las dos culturas- y de choque generacional -entre padres e hijos- que dificultan los procesos de socialización familiar y escolar.

El fracaso, el rechazo o la inadaptación escolar de los hijos de los trabajadores inmigrantes adquiere diversas dimensiones o secuencias: un abismo importante, a veces difícilmente superable, entre la cultura escolar y la familiar; la filosofía y la praxis educativa monocultural, que les exige esfuerzos suplementarios y provoca desventajas y retrasos que son vividos como situaciones de inferioridad; el déficit de su capital lingüístico respecto al código académico dominante; la falta de identificación con el modelo escolar occidental, etc. Y hay más. En todo caso, numerosos estudios sobre el rendimiento escolar muestran un elevado índice de correspondencia entre el fracaso escolar y la clase social baja-minoría étnica extracomunitaria.

Otros factores que frenan el proceso de socialización respetuoso con el derecho cultural a la diferencia tienen que ver con las actitudes y las actuaciones de la gente del país de acogida. «El otro», el recién llegado, a los ojos del occidental, sobre todo si tiene una piel diferente, viste diferente, habla diferente, es pobre, y su presencia se incrementa día a día, es visto como un extraño, con recelo y como una amenaza. Porque -se dice abiertamente o sólo se piensa- «el otro» incrementa el paro. Porque es una de las causas del aumento de la drogadicción y de la delincuencia. Porque pone en peligro las buenas costumbres. Porque es un elemento de tensión y de disgregación social. O porque su escolarización repercute en el descenso del nivel académico y de la calidad de la enseñanza del niño autóctono.

Todo junto es el resultado de actitudes xenófobas y etnocéntricas que o bien se manifiestan con una creciente agresividad y violencia o bien se expresan de forma pasiva y paternalista. Pero el hecho es que un conjunto importante de actuaciones, expresiones, juicios y estereotipos racistas están bien instalados dentro del subconsciente colectivo. Y los medios de comunicación, los textos escolares y diversas actuaciones educativas los siguen reproduciendo. Por otro lado, las estrategias y los soportes de acogida, fuera de la escuela, como también las políticas gubernamentales, manifiestan demasiada tibieza, ambigüedad y contradicciones a la hora de apostar por una integración real de las diversidades culturales.

ASIMILACIÓN Y GUETIZACIÓN: LOS DOS ROSTROS DE LA INCOMUNICACIÓN INTERCULTURAL

Toda cultura particular -dominante o minoritaria- que se cierre en ella misma se aísla del proceso de universalización, que es el único que le puede dar una significación actual y vivida.

H. HANNOUN

Las respuestas sociales y educativas a la integración -concepto demasiado polisémico y controvertido- toman tres formas: la asimilación, la guetización y el interculturalismo.

a) La asimilación

Su objetivo es conseguir que las minorías inmigrantes sean absorbidas y asimiladas por la cultura dominante de la sociedad receptora. La escolaridad, por lo tanto, se hace en la lengua y la cultura de la mayoría. Bajo un *enfoque etnocéntrico*, se pretende la *unificación cultural*: el monoculturalismo. La posición asimilacionista vulnera los derechos humanos y de los niños más elementales porque no respeta sus diferencias, y a la vez representa un aislamiento y un empobrecimiento cultural. El asimilacionismo se explica por razones económicas (crisis, competencia laboral, etc.), políticas (función y justificación del Estado unificador), psicoanalíticas (ambigüedad y oposición que provoca la relación entre el yo y el otro), etc.

La escuela asimilacionista asegura la reproducción de ella misma y de sus contenidos monoculturales y la exclusión de toda clase de diversidad cultural, lo que desemboca en un proceso de desculturización y de pérdida de la identidad originaria. En este caso, las culturas escolares diferentes no son vistas como tales, sino cómo deficientes e inadaptadas. La estrategia para paliar las desventajas de los niños inmigrantes en relación a la lengua y las culturas mayoritarias es la «compensación», es decir, la política de «educación compensatoria» -oferta de una enseñanza específica y suplementaria- que bien poco ha contribuido a reducir las tasas de fracaso escolar. La asimilación, aunque responde a la voluntad explícita y planificada de las clases dirigentes, también encuentra aliados en núcleos de las minorías étnicas que, por diversas razones y circunstancias, están dispuestos a integrarse voluntariamente a costa de su aculturación.

b) La guetización

Se justifica a partir de la *perspectiva relativista* de la aceptación de la diversidad cultural y de su desarrollo por separado, sin interrelación cultural. Pero la defensa de la pluralidad de culturas obedece a razones de incompatibilidad entre dos culturas desiguales -la mayoritaria es considerada superior- y al temor de que la comunicación cultural pueda desnaturalizarlas. La separación es, pues, una aceptación negativa de la diferencia. Por eso, en la práctica, comporta la guetización y la segregación de las minorías étnicas. Este modelo de escuela, que algunos llaman multicultural, sustituye el monoculturalismo por el biculturalismo. Así, los niños inmigrantes ya no reciben una enseñanza compensatoria para superar los déficit en relación a la cultura mayoritaria, sino una enseñanza complementaria sobre su cultura de origen, a cargo o bien de la escuela de acogida o bien de las minorías étnicas. Los escolares viven, pues, un proceso de escisión o fragmentación curricular.

La guetización se puede explicar por los efectos de la crisis económica, por las relaciones y los intereses de poder sociopolítico, por el ascenso de los nacionalismos y de los regionalismos y por razones existenciales que empujan los diversos colectivos -y también las minorías étnicas- a afirmarse

en su particularidad y en sus diferencias con los otros. Y a menudo sucede que su experiencia negativa, marcada por el rechazo y el racismo, ó por la integración en clave asimilacionista, los lleva a cerrarse y a aislarse todavía más, con la creación de una potente red institucional de resistencia y de contrapoder. En este contexto se sitúa, por ejemplo, la creciente red de escuelas negras en Estados Unidos.

EL INTERCULTURALISMO O LA ACEPTACIÓN POSITIVA DE LA DIVERSIDAD

Si yo encontrara a alguien capaz de ver las cosas en su unidad y en su multiplicidad, he ahí el hombre al que yo seguiría como si fuese un Dios.

PLATÓN

Los sistemas de rol abiertos y las situaciones de coexistencia de escalas de valores diferentes enseñan a los niños y a las niñas a enfrentarse y convivir con la ambigüedad.

B. BERENSTEIN

El interculturalismo apuesta por una cultura dinámica y cambiante y acepta, valora y garantiza la pluralidad cultural más amplia en la medida que contribuye al enriquecimiento mutuo entre las culturas en contacto. Se trata, pues, de un reconocimiento positivo y activo de la diversidad y del mestizaje. La educación intercultural no admite la jerarquización de una cultura basada en el poder y el dominio sobre otros ni tampoco el etnocentrismo, ya que todas las culturas son vistas en un plano de igualdad. Es, por lo tanto, y fundamentalmente, un espacio de diálogo, de cooperación, de intercambio y de solidaridad entre niños de las minorías étnicas y niños de la cultura mayoritaria. Este diálogo intercultural les ayuda a entender situaciones diferentes, a ser más flexibles y creativos y a darse cuenta de que el mundo actual, aparte de unos valores universales y de unos conocimientos científicamente validados, también está lleno de incertidumbres, de ambigüedades, de contradicciones y de comportamientos y conocimientos cambiantes y enormemente complejos. La escuela intercultural, por lo tanto, no esconde los conflictos, sino que los asume dialécticamente como forma de profundizar la realidad y trata de vivirlos de forma positiva.

La escuela intercultural no admite la separación física de los grupos culturalmente diferentes ni la diferenciación y la fragmentación curriculares. Así, el currículum adquiere un tono de globalidad y diversidad que afecta a todos los niños. De esta manera, las aportaciones culturales específicas de cada minoría están incluidas en los-proyectos educativos y curriculares de todas las escuelas del país, y no solamente en aquellas que acogen niños de minorías. Porque la propuesta intercultural va dirigida a todos: al que llega y al que recibe.

Contrariamente al modelo segregacionista, la escuela intercultural no entiende que la mezcla cultural ponga en peligro la unidad y la cohesión social, sino que la fortalece. Eso sí, partiendo de la construcción igualitaria, democrática y enriquecedora de la diversidad, y no de la imposición jerarquizadora, en versión asimilacionista o segregacionista, de la cultura dominante. En definitiva, la propuesta intercultural es congruente con el principio de individualización rousseauiano, con la Convención de los derechos del niño y con las cotas más elevadas de socialización de la infancia, donde «el otro» se ve como una oportunidad y no como un problema.